

CARI /

ASUNTOS GLOBALES

Número 1
Diciembre 2024

Potencias Medias

Brasil: ¿qué tipo de potencia es?

José Humberto de Brito Cruz

Brasil: ¿qué tipo de potencia es?



José Humberto de Brito Cruz

Diplomático brasileño (retirado) y doctor en Filosofía Política por la Universidad de São Paulo (USP). Fue secretario de Planificación Diplomática en Itamaraty (2011-2013), director del Instituto de Investigación en Relaciones Internacionales (IPRI) de la Fundación Alexandre de Gusmão (FUNAG) (2013-2016), embajador de Brasil en Marruecos (2016-2019) y cónsul general en Bruselas (2019-2022). Correo de contacto: britocruz@uol.com.br

Todas las comparaciones se quedan cortas, toda clasificación implica imperfecciones, zonas grises y casos que escapan a las categorías claras en las que nos gustaría que encajaran todos los objetos para garantizar la inteligibilidad del mundo. Por desgracia, la realidad es siempre más compleja de lo que pretende nuestra vana teoría, y más aún en política, donde existe el riesgo añadido de que lo que parece una inocente taxonomía construida con fines escolásticos se convierta en un gesto para reproducir jerarquías de poder.

Cuando se trata de clasificaciones internacionales, Brasil, en particular, siempre ha representado un reto difícil para los estudiosos: por un lado, demasiado grande para encajar cómodamente en la categoría de “potencias intermedias”; por otro, un país con los retos del retraso en el desarrollo y ajeno a la postura belicosa y militarista normalmente asociada a las “grandes potencias”.

¿Dónde y cómo se encuentra Brasil? ¿Es posible una definición clara y objetiva de este tipo? ¿Cómo encaja en las jerarquías que, para bien o para mal, se están estableciendo a escala internacional? ¿En qué sentido puede calificarse de potencia intermedia? ¿Hasta qué punto podría aspirar a “jugar el gran juego”? ¿Cómo afecta esto a las opciones de política exterior? En primer lugar, examinaremos algunos aspectos teóricos que justifican cierto escepticismo ante clasificaciones como potencia intermedia y gran potencia, y después comentaremos la presencia de esta cuestión sobre la identidad nacional en el debate interno de Brasil sobre la agenda de política exterior. Concluiremos señalando los problemas que plantea la aplicación del concepto de “potencia intermedia” a Brasil y sugiriendo que esta noción, ya de por sí problemática en su contenido descriptivo, resulta inadecuada a la luz de su dimensión prescriptiva.

En primer lugar, es importante disipar la ilusoria idea de que sería relativamente fácil establecer una base objetiva y científicamente mensurable para evaluar el poder de los distintos países. La mayoría de los estudios sobre las “potencias inter-

medias” incluyen algún tipo de advertencia sobre los elementos de subjetividad y arbitrariedad que son inevitables en cualquier clasificación de Estados (Holbraad, 1984, p. 78; Wood, 1987, p. 5). Un estudio reciente señala, en particular, que a pesar de todo el esfuerzo por contabilizar diversos indicadores –como en el proyecto *Correlates of War*– siempre quedan, además de las categorías de pequeñas, medianas y grandes potencias, los espacios entre las categorías, en los que se identifican países que no encajan bien en ninguna de ellas –estas serían las “potencias incómodas”, de las que Brasil sería un ejemplo (Abbondanza y Wilkins, 2022). No es casualidad que el concepto de potencia intermedia se utilice a menudo –incluso en el contexto de su resurgimiento en Canadá en la década de 1940 (Chapnick, 2000, p. 190; Holbraad, 1984, p. 71)– basándose no en supuestas medidas de poder, sino en un enfoque “funcionalista”, es decir, no en lo que el país es, sino en lo que hace. En expresión irónica de Robert Cox, el poder intermedio es “un papel en busca de un actor” (1996, p. 827).

La realidad del ejercicio del poder a escala internacional suele ser mucho más compleja de lo que parecen sugerir los esquemas jerárquicos que se traducen, por ejemplo, en la diferencia entre grandes potencias y potencias intermedias. La medición del poder solo se vuelve aparentemente sencilla si el concepto de “poder” se empobrece hasta el punto de volverse inútil. Por muchas listas de “recursos de poder” (*capabilities*) que se elaboren, siempre es difícil entender, y más aún predecir, la traducción efectiva del “poder potencial” en “control efectivo sobre los resultados”, un proceso que depende de factores tan diversos como las características de la interacción entre Estados –incluido el grado de fungibilidad del poder–, la cohesión nacional, la funcionalidad del sistema político, aspectos subjetivos relacionados con el *status* o la reputación y, no menos importante, la dimensión del llamado *soft power*¹.

A la vista de la complejidad de las evaluaciones de los grados de poder de los distintos países, parece que se requiere una dosis razonable de escepticismo con respecto a las clasificaciones supuestamente basadas en las mencionadas evaluaciones. Dicho esto, pasemos a analizar la cuestión: ¿qué tipo de potencia es o puede pretender ser Brasil?

Desde los años setenta y ochenta, los estudios sobre el “ascenso” de Brasil se han multiplicado y han proliferado las formas de describir al país: potencia emergente, país semiperiférico, gran país de la periferia, potencia incipiente, potencia intermedia o intermedia, potencia intermedia, potencia regional². En estos estudios, por supuesto, el énfasis se alterna entre los aspectos “positivos”, como el crecimiento económico, la estabilización de la moneda, la reducción de las desigualdades y la superación de las vulnerabilidades históricas, y los aspectos “negativos”, como la persistencia de graves injusticias sociales, los obstáculos a un crecimiento

1 He discutido el problema de la evaluación del poder nacional y su impacto en la política exterior más ampliamente en Brito Cruz (2014). Un buen análisis de la cuestión puede encontrarse en Hurrell (2013).

2 Excelentes análisis y visiones comparadas de estos estudios han sido proporcionados por Gelson Fonseca Jr. (2011), para el período inicial de la década de 1970, por Andrew Hurrell (2013) y, más recientemente, por Gian Luca Gardini (2016). En la tesis de Daniel Buarque (2022, pp. 110-111) se puede encontrar una buena lista de las diversas expresiones utilizadas por diferentes autores para describir a Brasil, a la que se puede añadir la ya mencionada calificación de *awkward power*.

más rápido, la disfuncionalidad del sistema político y los desafíos medioambientales. A menudo, se menciona el tamaño comparativamente pequeño de las fuerzas militares de Brasil. Hay innumerables variaciones en las luces y sombras de estos estudios, que son más optimistas en momentos de crecimiento acelerado y/o progreso social en Brasil –por ejemplo, después del “milagro brasileño” de los años setenta o durante los dos primeros mandatos del presidente Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010)– y más sombríos en momentos de crisis y retracción (Louault, 2022, p. 284). El resultado es que, en el conjunto acumulado de valoraciones sobre la inserción internacional de Brasil como potencia emergente, hay productos para todos los gustos e intereses.

A lo largo de estas décadas, los estudios en el campo de las relaciones internacionales han caracterizado con mayor frecuencia al país como una potencia intermedia. Existe una vasta literatura sobre este tema, en la que destacan por su impacto los ensayos de Celso Lafer en la década de 1980, pero también en años posteriores (Lafer, 2007; 2018) y los trabajos de Maria Regina Soares de Lima (Soares de Lima, 2013; Soares de Lima y Hirst, 2006). Diferentes aspectos de la política exterior brasileña desde la perspectiva de una potencia intermedia han sido tratados, por ejemplo, en los estudios de Gelson Fonseca (1998a; 1998b; 2014), Ricardo Sennes (1997; 1998), Sylvia Ferreira Marques (2005), Eduardo Uziel (2010), Patrícia Soares Leite (2011), Diego Morlim Pereira (2019), Guilherme Casarões (2020), Dawison Belém Lopes (Lopes y Gabriel, 2020), João Paulo Nicolini Gabriel (2023), Monika Sawicka (2023) y Rubens Ricupero (2017; 2024).

Un primer punto para destacar es que esta tendencia a ver a Brasil como una potencia media o intermedia tiene como telón de fondo, que por supuesto no es ignorado por ninguno de estos autores, lo que podría llamarse una extendida “aspiración a la grandeza” en la opinión pública brasileña y entre los miembros de nuestra élite dirigente. De hecho, se sabe que entre los líderes diplomáticos y militares brasileños es común y tradicional la aspiración al reconocimiento internacional de Brasil como “uno de los grandes”, sentimiento que existe de forma difusa en la opinión pública. Todos los niños brasileños aprenden, de la letra del himno nacional, que el país es “un gigante por naturaleza”, un “coloso imparable” y que su futuro “refleja esa grandeza”. Muchos brasileños ya han identificado esta percepción subyacente de que la posición natural del país, una vez superados los obstáculos inherentes a una situación de atraso, tendería a estar entre los más grandes, no entre la media. En otras palabras, estamos atrasados en desarrollo, pero somos grandes en poder y algún día “llegaremos”.

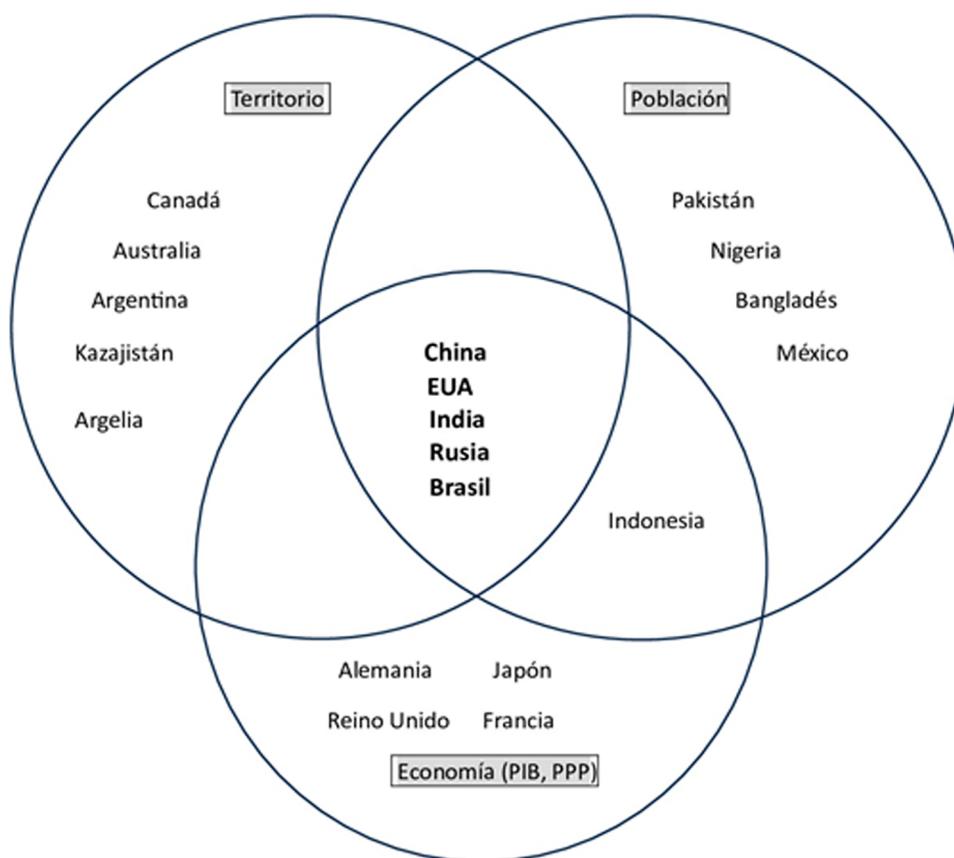
Es un sentimiento cuyas raíces son profundas. Carvalho (2000), un historiador, llegó a hablar de “complejo de grandeza”, un sentimiento inicialmente experimentado en torno a las nociones de que el país estaba destinado a ser un “poderoso imperio”. Naturalmente, este tipo de percepción no podía dejar de repercutir en la política exterior:

Se sabe que, desde los primeros años del siglo XX, la principal aspiración de la política exterior brasileña era lograr el reconocimiento internacional correspondiente a la creencia del país de que debía

asumir su papel “natural” de “gran país” en los asuntos mundiales.
(Soares de Lima y Hirst, 2006, p. 21)

Varios autores ya han rastreado los orígenes y el significado de este “proyecto de grandeza nacional”, tanto desde una perspectiva amplia, como una de las creencias que se vuelven, con el tiempo, indistinguibles del sentimiento de nacionalidad, como más específicamente en el contexto del pensamiento geopolítico en el área militar y los esfuerzos de la diplomacia brasileña para asegurar espacios de acción autónoma en el escenario internacional (Carvalho, 2000; Hurrell, 2013, pp. 202-208; Miyamoto, 1995; 2002).

Figura 1. Países más grandes del mundo: territorio, población y economía (GNP-PP)



Fuente: Banco Mundial, datos de 2024

Difuso e impreciso en la opinión pública, este sentimiento adquiere a veces contornos más claros entre los miembros de la élite dirigente, en forma de argumentos que, de un modo u otro, justifican reivindicaciones de reconocimiento, basadas en las dimensiones de población, territorio, economía y riqueza en recursos naturales (principalmente fuentes de energía, minerales y tierras cultivables), que sitúan al país al lado de los más grandes en los principales indicadores. Una parte importante de estas líneas de argumentación reside en la idea de que sería necesario no solo analizar cada recurso de poder de forma aislada, sino también tratar de identificar

los países que se encuentran sistemáticamente entre los mayores según diferentes criterios³. Así, por ejemplo, se suele señalar que en los tres indicadores más básicos para evaluar el peso relativo de los países (población, territorio y PIB), solo cinco países se encuentran sistemáticamente entre los mayores en todos los aspectos, y Brasil está entre ellos: China, Estados Unidos, India, Rusia y Brasil (véase el gráfico 1). En este sentido, muchos en Brasil aún recuerdan el famoso comentario de George Kennan que situaba a Brasil entre los cinco *monster countries* (en la misma lista: EE. UU. y los BRIC) (Kennan, 1993, p. 143).

Son valoraciones de este tipo las que, en el discurso diplomático brasileño, suelen justificar una mayor presencia de Brasil en los foros internacionales y, a largo plazo, un reconocimiento del país como “uno de los grandes”, así como postulaciones concretas, como un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Entre los analistas, consideraciones de este tipo los llevan a subrayar que Brasil es quizá demasiado grande para ser descrito pura y simplemente como una potencia intermedia. Es el caso, por ejemplo, de Rezende y Wilkins, que examinan los diversos índices cuantitativos de evaluación del poder nacional y llegan a la conclusión de que Brasil, con una mezcla de características propias de una gran potencia (población, territorio, economía) y de una potencia intermedia (Fuerzas Armadas modestamente expresadas, problemas de cohesión social y liderazgo político, etc.), merece ser descrito como un caso “liminar” (*liminal*) o “de transición” (*transitional*), al igual que otros países –como India, Alemania, Italia y Japón– cuya situación podría describirse como la de *awkward great powers* (2022)⁴.

La existencia de este tipo de percepción entre las élites dirigentes de Brasil plantea una dificultad para quienes describen al país como una potencia intermedia. Así lo señala Sean Burges (2012): “En resumen, los brasileños no identifican a su país como una potencia intermedia, sino como una potencia en ascenso o una gran potencia” (p. 5). En la misma línea, David Mares y Harold Trinkunas (2016) sostienen que, aunque Brasil no ha alcanzado el reconocimiento al que aspira, ven al país “en el umbral de salir de la clasificación de potencia intermedia” y optan por la curiosa denominación de “aspirational power”. Cabe señalar que Andrew Hurrell, en su tesis de 1986 sobre la evolución de la política exterior brasileña de 1964 a 1985 (2013), no utiliza la categoría de potencia intermedia y, en escritos posteriores, se mostró escéptico sobre esta noción (2000). Samuel Pinheiro Guimarães (1999) tampoco aplica el concepto a Brasil, al que caracteriza como un “gran país de la periferia”,

3 Véase, por ejemplo, Guimarães (2006, p. 262).

4 En el mismo libro (Abbondanza y Wilkins, 2022), los autores distinguen a EE. UU. como un caso especial, calificado de “superpotencia”, ven a China en la transición entre gran potencia y superpotencia, y señalan que los intentos de elaborar una “teoría de la gran potencia” en general acaban castigando a los actuales miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en esta categoría, “y, por tanto, deja a una serie de países de primer nivel completamente fuera de la teoría de las Relaciones Internacionales, principalmente Brasil, Alemania, Italia, Japón e India. Dada su afinidad con las grandes potencias convencionales en términos de capacidades, estos Estados podrían considerarse ‘grandes potencias incómodas’” (p. 20). La definición que ofrecemos de una “potencia incómoda” es la siguiente: “un Estado con capacidades e influencia significativas, que desafía las categorizaciones claras en las jerarquías de poder convencionales, debido a su estatus internacional controvertido, descuidado o ambivalente”. (p. 24).

cuya situación difiere de la de los “países medios”, más vulnerables y dependientes de las estructuras de poder hegemónicas (p. 23; 2006, p. 262).

¿Cómo entender, en el marco de un esfuerzo por comprender la política exterior brasileña, que la corriente de análisis que califica al país de potencia intermedia coexista con estas cuestiones analíticas y con la aspiración de grandeza tradicionalmente presente en importantes sectores de la vida política brasileña? La cuestión merece atención no solo como ejercicio teórico, sino también porque, como veremos, está en el centro del debate sobre las opciones abiertas a la diplomacia brasileña. ¿Cómo entender las dos caras de esta cuestión, que se refiere a una ambigüedad inherente a la propia identidad internacional de Brasil?

Como señalamos anteriormente, el camino de buscar una evaluación precisa del tipo de potencia que puede ser Brasil a partir de cálculos de recursos de poder no parece prometedor (Hurrell, 2013). De hecho, se observa que, en la literatura especializada, la clasificación de Brasil como potencia intermedia raramente va acompañada de la pretensión de una evaluación comparativa real y detallada del grado de poder que el país tiene en sus interacciones internacionales. En muchos casos, se pretende transmitir una noción que va poco más allá de lo trivial: que Brasil tiene “cierta” autonomía en su actuación exterior, pero no es tan poderoso como Estados Unidos o, más recientemente, China. En la lúcida expresión de Gelson Fonseca Jr., Brasil aparece a menudo como “medio por exclusión” (Fonseca Jr., 2014, p. 12). No es, por supuesto, un país pequeño. Tampoco es una superpotencia. A falta de una opción mejor, toman el camino de menor resistencia y acaban recurriendo a lo que está disponible en la estantería del concepto. Esta dinámica, sumada a la inercia reproductiva de las modas académicas, explica en parte la difusión en los círculos académicos de la noción de Brasil como potencia intermedia.

Sin embargo, el uso de la noción de poder medio en el caso brasileño no se refiere únicamente a este tipo de conocimiento negativo (“que Brasil obviamente no es”). Para hacer justicia a los diversos casos en los que el concepto se utiliza de un modo más reflexivo, podemos identificar al menos tres cuestiones reales vinculadas a la inserción internacional de Brasil que de algún modo están relacionadas con este uso y que merecen ser evaluadas más detenidamente.

En primer lugar, la clasificación de Brasil como potencia intermedia se hace, en ciertos casos, con la intención de destacar aspectos de la política exterior brasileña que serían, según el paradigma desarrollado al respecto en otros países (especialmente Canadá y Australia), típicos de las potencias intermedias: la apreciación del derecho internacional, la valoración del multilateralismo, el énfasis en la cooperación y el diálogo, la búsqueda de la formación de coaliciones y el consenso, o incluso la “diplomacia de nicho” (acción diplomática sobre cuestiones específicas) (Wood, 1987, p. 26; Cooper y Dhal, 2016, p. 5). Aunque algunas de ellas son, en efecto, características específicas e incluso tradicionales de la política exterior de Brasil, al menos dos razones importantes hacen dudoso asociarlas a una posición intermedia en las jerarquías internacionales de poder.

(i) El hecho de tratar de “deducir” el estilo de acción de un país a partir de una contabilidad de sus recursos de poder es problemático (Hurrell, 2000). Ya hemos visto que, salvo en situaciones de evidente asimetría, tal recuento debe verse

con escepticismo, y más aún –como veremos a continuación– porque cualquier análisis de este tipo debe hacerse no globalmente, sino para cada área temática. El estilo diplomático de Brasil refleja ideas y valores que se han consolidado en una tradición a lo largo de toda una experiencia histórica, marcada por determinadas características culturales del pueblo brasileño, y no como consecuencia de un recuento supuestamente precario de *power capabilities*. Brasil no tiene su estilo diplomático porque sea “medio”, y clasificarlo como “medio” por tener tal estilo es, en el mejor de los casos, un razonamiento circular. Además, el bajo perfil de Brasil en términos de fuerza militar (incluidas las armas nucleares) no refleja una falta de recursos, sino que es el resultado de elecciones que se explican por las circunstancias de paz y seguridad en la vecindad inmediata (Burges, 2012).

(ii) La acción exterior de Brasil, especialmente desde la década de 1960 con su “política exterior independiente”, incluye, naturalmente con altibajos, un componente antihegemónico de crítica al sistema internacional y de *soft balancing* difícilmente conciliable con el modelo de política de potencia intermedia basado en los modelos de Canadá y Australia (Jordaan, 2017; Burges, 2012; Hurrell, 2006). La propia participación en los BRICS denota un patrón de actuación que va mucho más allá de las *issue-specific initiatives* o la *niche diplomacy* que, para muchos, son típicas de las potencias intermedias (Cooper y Dhal, 2016, p. 518).

Por cierto, es interesante observar que Celso Lafer (2007), al describir a Brasil como potencia intermedia, añade dos calificativos muy importantes: que es una potencia intermedia “a escala continental” y que es un país consciente de sus “intereses generales”, es decir, de una visión del orden mundial y de su funcionamiento (p. 74). Cabe preguntarse si, para los analistas de otras latitudes, la expresión “potencia intermedia de escala continental con intereses generales” ya no tiene el sabor de un oxímoron. Sin ser exactamente una potencia revisionista, Brasil es hasta cierto punto una potencia insatisfecha, comprometida con la reforma del *statu quo* (Ricupero, 2017, p. 717). La preocupación de Brasil por la “congelación del poder mundial” no se ha archivado como un episodio superado de los años sesenta y setenta. Continúa, bajo nuevos ropajes (ya no se centra, por ejemplo, en el régimen de no proliferación nuclear), formando parte del entramado conceptual subyacente a la política exterior brasileña, propio de un país que no está del todo satisfecho con su posición en el sistema internacional y que se preocupa por iniciativas o normas globales que puedan contribuir, de forma asimétrica, a cerrar puertas y estrechar oportunidades de desarrollo –o, dicho de otro modo, un país cuyos intereses específicos se proyectan también sobre intereses generales relativos al funcionamiento del orden global (Brito Cruz, 2014; Guimarães, 2006, p. 62; Lafer, 2007, p. 62). Esto se refleja en el paradigma de “potencia emergente”, en el que el país aparece como un “Estado de potencia intermedia ascendente” (Soares de Lima, 2013, p. 53). En una entrevista en 2017, el entonces canciller Aloysio Nunes Ferreira resumió la ambigüedad cuando dijo: “Brasil es una potencia intermedia, que quiere ascender” (Matravalgyi, 2017). En palabras de Monika Sawicka, “an emerging middle power dissatisfied with its middlepowerhood and attempting to improve its status” (Sawicka, 2023).

En segundo lugar, en el contexto del debate interno de Brasil sobre política exterior, puede identificarse un ángulo más real y relevante en la clasificación de Brasil como potencia intermedia o intermedia en los casos en que estas nociones se movilizan para encapsular, en cierto modo, un consejo de prudencia y moderación para la diplomacia brasileña. En estos casos, designar a Brasil como potencia intermedia es, en cierto modo, un nuevo avatar de la advertencia –que se hizo proverbial en los discursos del canciller Ramiro Saraiva Guerreiro (1979-1985)– de que al país no le “sobra poder” (Brito Cruz, 2014).

Ya hemos mencionado la existencia en Brasil de un sentimiento de “aspiración a la grandeza”. Al mismo tiempo, parte del andamiaje sobre el que se construye la política exterior es la conciencia de que es imperativo para el país evitar los excesos que pueden resultar de iniciativas destinadas a operacionalizar esa aspiración. El problema es real y ha surgido en diferentes momentos de la historia de la política exterior brasileña, en diferentes configuraciones.

Diversos sectores de la sociedad brasileña guardan un amargo recuerdo del intento del régimen militar, principalmente bajo Garrastazu Médici (1969-1974), de promover la idea de un “Brasil gran potencia”, al son de marchas populares como “¡Nadie puede con este país!” o “¡Adelante, Brasil!”, al mismo tiempo que aumentaban la represión y las violaciones de los derechos humanos, y en el contexto de un modelo económico que profundizaba las desigualdades sociales, hasta el punto de que ese mismo presidente era famoso por el “sincericidio” nunca olvidado de afirmar que “el país va bien, pero el pueblo va mal” (Fausto, 1996, pp. 484-485; Vizontini, 1998, p. 139; Barcellos, 2020).

Aunque más lejano y menos conocido por el gran público, el episodio de la retirada de Brasil de la Sociedad de las Naciones en 1926, bajo el gobierno del presidente Artur Bernardes y el liderazgo de su canciller Felix Pacheco, también suscita evaluaciones predominantemente negativas. Tras vetar el ingreso de Alemania (que había sido decidido por las potencias europeas en Locarno), Brasil optó por retirarse unilateralmente de la Sociedad cuando su candidatura a un puesto permanente en el Consejo de esa institución fue denegada (García, 2000; 2006). Aún hoy, en muchos análisis de este episodio resuenan las palabras utilizadas en la época por un famoso periodista, opositor al Gobierno, que caracterizó el desastroso resultado como consecuencia de una “aspiración mesiánica” y de un “sentimiento grandioso (...) sobre la modesta realidad nacional” (García, 2006, p. 416).

Tanto la propaganda *ufanista*⁵ de la dictadura militar como el fracaso de la diplomacia brasileña en 1926 son ejemplos de cómo la idea de la proyección internacional de Brasil como “uno de los grandes” –precisamente por el auténtico sentimiento de aspiración a la grandeza y al reconocimiento que es real entre los brasileños– conlleva riesgos, y puede ser manipulada con fines políticos internos con resultados adversos en el frente exterior. Esta es la perspectiva que puede verse en la advertencia sobre la falta de un “excedente de poder” y, más recientemente, en los análisis de quienes, como Rubens Ricupero, advierten del riesgo de una valoración excesivamente optimista de la capacidad de acción del país (es de-

5 El término hace referencia a una exaltación patriótica en su forma más primitiva. Es un concepto surgido del célebre libro *Porque me ufano do meu paiz*, escrito por Alfonso Celso.

cir, de su poder, entendido como capacidad de ejercer una influencia efectiva) que, inspirada en intereses políticos internos –al fin y al cabo, siempre es popular que un Gobierno se muestre responsable de una ganancia de prestigio internacional– puede ser contraproducente para la diplomacia brasileña. El argumento de Ricupero –que, en este sentido, utiliza el concepto de Brasil como potencia intermedia y lo relaciona con la frase de Joaquim Nabuco, para quien “no se llega a ser grande saltando”– es una defensa de la construcción de una grandeza real, basada no en las armas o en un prestigio engañoso, sino en el desarrollo con justicia social, derechos humanos, educación y protección del medio ambiente. “Lo que hace grande a una sociedad no es la gloria militar ni el poder de las armas. Es la capacidad de garantizar a cada persona la posibilidad de realizarse como ser humano, el derecho a buscar la felicidad” (Ricupero, 2010).

La otra cara de este debate se observa típicamente en la posición adoptada por el exministro de Asuntos Exteriores y actual asesor especial de la Presidencia de la República, Celso Amorim, cuya perspectiva de una política exterior “activa y altiva” incluye la preocupación por evitar formulaciones que puedan servir de pretexto para impedir que Brasil ocupe plenamente la posición que le corresponde en la escena internacional. Desde esta perspectiva, Amorim criticó la tesis de la inexistencia de un “excedente de poder” y cuestionó la aplicación a Brasil del concepto de “potencia intermedia”, que, en su opinión, tendía a paralizar la capacidad de iniciativa del país al subestimar el poder que realmente posee (Amorim, 2011a, p. 33; Guimarães, 2006, pp. 24, 56, 341; Brito Cruz, 2014). En un artículo de 2011, dedicado a comentar un informe del Council on Foreign Relations bajo el título de *Global Brazil and U.S. - Brazil Relations* – que había descrito a Brasil como un *global power* y como uno de las *pivotal powers* del mundo (CFR, 2011)–, el excanciller señalaba que le llamaba la atención el contraste entre la valoración de ese *think tank* y “la defendida por una parte de nuestra élite, que insiste en ver a Brasil como un país pequeño (o, como mucho, para utilizar el concepto empleado por algunos expertos, “mediano”)” (Amorim, 2011b; Amorim, 2015, p. 11). En este enfoque está implicada la idea de que valoraciones excesivamente modestas del poder nacional, como sería el caso del epíteto “poder medio”, acabarían afectando a algo que es un componente esencial del propio poder: la voluntad de ejercerlo. “Entre las dimensiones del poder está el deseo de ejercerlo. Si no existe ese deseo, (...) todas las condiciones objetivas pueden estar dadas, pero no valdrán de mucho” (Amorim, 2011a, p. 34).

La oposición entre estas dos visiones es, en cierto modo, inevitable en un país como Brasil, marcado por la conciencia de su grandeza y, al mismo tiempo, por la experiencia del atraso y los desafíos de una economía emergente. En realidad, es bueno que exista este antagonismo de puntos de vista, ya que cada lado de este debate refleja uno de los aspectos esenciales inherentes a la situación de una potencia emergente: la necesidad de prudencia y de una evaluación sobria de su capacidad para influir en los resultados en la escena internacional y, al mismo tiempo, el imperativo de no subestimar esta capacidad y de no ser víctima de nociones que tenderían a situar a Brasil por debajo de lo que puede ser. Las dos tesis se oponen como una antinomia, en el sentido de una oposición en la que ambas partes tienen algo de razón y ninguna deja de reconocer la relevancia del ángulo

opuesto. En cierto modo, la política exterior brasileña se ve obligada a navegar entre la amenaza simultánea de dos tipos de ridiculizaciones diferentes y opuestas: la de intentar ser grande “a pasos agigantados”, en la formulación de Nabuco, actualizada por Ricupero, y la de no sufrir complejo de “mestizo”, en la expresión de Nelson Rodrigues, retomada por Amorim. Como señala Hurrell, es la propia ambivalencia de Brasil experimentar simultáneamente una “aspiración de influencia en la escena internacional” y un “continuo sentimiento de vulnerabilidad”, con una tendencia permanente al choque entre la identidad de “aspirante a gran potencia” y la de “país en desarrollo” (Hurrell, 2016, p. 19).

Por último, en tercer lugar, la clasificación de Brasil como potencia intermedia aborda, en algunos estudios más recientes, el problema del reconocimiento internacional, considerando que el *status* de los países en la escena mundial es, en gran medida, una cuestión de percepción. Por un lado, están las percepciones de los actores del propio país, de las que ya hemos dado algunas indicaciones en el caso de Brasil y, por otro, las percepciones externas del país. Ser una “gran potencia” o una “potencia intermedia” es, desde esta perspectiva, una realidad social construida intersubjetivamente (Esteves, Gabrielsen Jumbert y de Carvalho, 2020; Buarque, 2022; Sawicka, 2023). En otras palabras, si Brasil es visto como una potencia intermedia, y no como una gran potencia, por los líderes y formadores de opinión de otros países, entonces esto significa que los esfuerzos de Brasil por “buscar *status*” aún no han tenido éxito y, como resultado, la aceptación de este estatus “medio” parecería imponerse a Brasil como destino, al menos por el momento. En la medida en que existe una discrepancia entre las aspiraciones de las élites gobernantes de Brasil y las percepciones de otros países, Brasil vive una situación de “inseguridad ontológica” (Buarque, 2022).

Estos estudios proporcionan elementos interesantes para evaluar el impacto global de la política exterior brasileña en los últimos veinte años. Muestran, por ejemplo, que la retracción diplomática de Brasil bajo Dilma Rousseff y Michel Temer, agravada por el aislamiento internacional bajo Jair Bolsonaro, ha tenido el efecto de reforzar la percepción del país como potencia intermedia, lo que implica una pérdida de credibilidad (Casarões, 2020; Sawicka, 2023). Proporcionan indicaciones valiosas para los decisores brasileños, en particular en Itamaraty, sobre los tipos de actitudes que enfrentarán las posibles iniciativas de Brasil en el frente externo (Buarque, 2022). Sin embargo, aunque hace interesantes contribuciones a la comprensión de las relaciones internacionales, especialmente al centrarse en la dimensión “reputacional” del poder, el análisis basado en las percepciones tropieza con serios problemas teóricos y metodológicos que requieren algunas precisiones.

Caracterizar, como hacen algunos de estos autores, la “búsqueda de *status*” como objetivo predominante de la política exterior brasileña es optar por una descripción que, sin ser del todo falsa, es susceptible de una interpretación reduccionista y equivocada de las motivaciones de acciones concretas de la diplomacia brasileña —un reduccionismo similar al que se observa a menudo en informaciones de prensa que, ajenas a la complejidad del trabajo diplomático, ven en cualquier iniciativa brasileña la sombra de la postulación a un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU—. Esta supuesta “búsqueda de *status*” se atribuye, por ejemplo, a los esfuerzos de integración regional en América del Sur, al aumento de

los recursos destinados a la cooperación Sur-Sur, al interés por las situaciones de conflicto en Oriente Medio, etc. (Sawicka, 2023). Esto ignora el hecho de que cada uno de estos temas involucra intereses brasileños específicos o generales. Incluso en cuestiones relacionadas con conflictos internacionales en otras regiones, que para algunos parecen demasiado distantes para justificar la implicación brasileña, el análisis académico debería tener en cuenta la existencia de un interés brasileño en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales como “bienes comunes” o la posibilidad de que la diplomacia brasileña ya vea al país como demasiado grande para poder “hacer *autostop*” (comportamiento, por cierto, que algunos consideran típico de las potencias intermedias) en los esfuerzos de otros países en la cuestión de la paz (Amorim, 2011a, p. 215). Como todos los países, Brasil está a la caza de oportunidades para ocupar espacio y obtener ventajas en términos de posición. En esta medida, le interesa ganar estatus, y esto subyace a las críticas de Brasil a la congelación del poder mundial. Parece más apropiado, sin embargo, describir este esfuerzo no tanto como una búsqueda de *status*, sino como una búsqueda de autonomía, para la cual el estatus internacional puede ser uno de los elementos relevantes⁶.

A la hora de debatir el tipo de identidad que tiene o puede tener cada país, especialmente cuando se evalúa su poder de influencia, las percepciones de otros países no pueden tratarse como incuestionables. Las percepciones de los líderes políticos e intelectuales de los llamados P-5, en particular, son importantes, pero forman parte del problema. No son verdades grabadas en bronce, sino que tienen ciertos presupuestos y son el resultado de intereses y contingencias históricas. Son relevantes como punto de partida para el análisis. Tomarlas como punto de llegada sería poco más que una versión actualizada, con barniz académico, de la vieja noción de que “la razón del más fuerte es siempre la mejor”. El esfuerzo por tenerlas en cuenta en el estudio de la estratificación jerárquica de los Estados debe incluir necesariamente la labor de criticar sus presupuestos.

Un primer supuesto muy dudoso es la sobrevaloración del poder militar como elemento presuntamente fundamental para entender la forma en que los Estados se insertan en el contexto internacional, postura que suele ir acompañada de una tendencia a ignorar que existen diversas dimensiones del poder duro que no implican recursos militares (por ejemplo, la economía del país, sus capacidades tecnológicas, sus recursos energéticos, el tamaño de su territorio, etc.). Esto lleva a muchos a subestimar el poder duro brasileño y a describir incorrectamente a Brasil como un “poder blando”. La extensa investigación llevada a cabo por Daniel Buarque a través de entrevistas con miembros de la “comunidad de política exterior” del P-5 revela lo extendido que está este tipo de visión (Buarque, 2022, pp. 191, 272).

La crítica a este vínculo entre estatus y poder militar tiene su origen en uno de los momentos fundacionales de la política exterior brasileña: el de la participación en la Segunda Conferencia de Paz (La Haya, 1907), donde el representante brasileño, Ruy Barbosa, frente a la resistencia que provenía de las “percepciones” de los delegados de las grandes potencias europeas, destacó el contraste entre el caso de

6 Como se ve en Hurrell (2013).

Japón que, tras su victoria en la Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905), había pasado a ser visto como una de las grandes potencias, y el de los países latinoamericanos, que intentaban hacerlo por la “puerta de la paz”. Barbosa advertía con un argumento que se reducía al absurdo:

Si nos rechazaran con la experiencia de que la grandeza internacional solo se mide por la fuerza de las armas, entonces, por su culpa, (...) nos encontraríamos estimulados a buscar el reconocimiento de nuestra posición en los grandes ejércitos y armadas, en vano indicados por la población, la inteligencia y la riqueza y grandeza de América Latina. (FUNAG, 2014, p. 250)

Trayendo el problema al siglo XXI, el tipo de “percepción” criticado por Ruy Barbosa –quizás sería más apropiado hablar de “percepción errónea”– ignora el hecho de que el ejercicio efectivo del poder (entendido como control real sobre los resultados) depende intrínsecamente de la naturaleza de la interacción y que, en los tiempos actuales en muchos contextos internacionales, cuando no hay predominio de amenazas a la seguridad percibidas, no solo la fuerza militar es irrelevante, sino que el poder derivado de ella no es fungible, es decir, no es transferible a otros ámbitos (Keohane y Nye, 1989; Baldwin, 2013). De ahí la necesidad de una perspectiva que tenga en cuenta el hecho de que, especialmente para un país como Brasil –cuya visión del mundo no está dominada por percepciones de amenazas a la seguridad–, el poder internacional se estructura de forma diferente en los distintos ámbitos de interacción.

En Brasil, esta perspectiva es una de las contribuciones del trabajo de Soares de Lima (2013), que trató de entender –utilizando las herramientas de la teoría de los bienes públicos– cómo un país como Brasil en los años sesenta y ochenta encontró contextos totalmente diferentes en los que ejercer su autonomía y perseguir sus intereses, por ejemplo, en el régimen de no proliferación nuclear y en las negociaciones comerciales, o incluso en el tratamiento de una cuestión bilateral como Itaipú⁷. Desde este ángulo, sigue siendo válido el análisis de Robert Keohane y Joseph Nye (1989) sobre los contextos de interdependencia compleja, que sigue la recomendación analítica hecha por Lafer y Fonseca Jr. (1994) en los primeros años después de la Guerra Fría, cuando introdujeron la idea de “polaridades indefinidas”: “Olvidar la búsqueda de polos para entender la dispersión de los temas de las relaciones internacionales, ahora ya no ordenados por la hegemonía de los temas de seguridad” (p. 55). Ricupero (1994), que ya había lanzado una advertencia similar en ese mismo contexto (p. 97), actualizó y concretó aquella recomendación analítica, subrayando al mismo tiempo que esta “acentúa la tendencia a superar la idea de ‘gran potencia’ como sinónimo de fuerza militar” y que, por otro lado, nos invita a darnos cuenta de que, en varios de los tableros relevantes de la vida internacional, Brasil puede jugar como uno de los actores principales: en las discusiones sobre el medio ambiente, sobre el comercio de alimentos, sobre las fuentes de energía, sobre la reforma del orden internacional y sobre las diversas áreas de

7 Para una perspectiva similar, véase Sennes, 1998, pp. 403-404.

cooperación dirigidas al desarrollo y a la reducción de las injusticias sociales (Ricupero, 2017, pp. 735-736).

La fragmentación de la vida internacional en diferentes tableros de juego, entre los cuales el establecimiento de vínculos no es una regla general, sino algo que depende de la naturaleza de cada interacción concreta, hace aún más problemática la pretensión de clasificar a los países en función de su capacidad de influencia –ya que el cálculo de dicha capacidad tendría que hacerse para cada área temática y para cada contexto de interacción– y subraya lo dudoso y a menudo superficial de las percepciones de estatus de los distintos países. Decir que son dudosos no significa que no sean reales ni que no sean relevantes. Pero sí significa que hay que dar un paso atrás y mirarlas con cierta perspectiva y, sobre todo, entender que las percepciones de estatus no son el resultado de valoraciones “objetivas”, sino que están históricamente determinadas y, en gran medida, sujetas a la contingencia de cada grupo social, de cada país, de cada periodo histórico. El carácter contingente es más pronunciado en los casos límite, ya se trate de potencias emergentes, como Brasil e India, o de potencias que ya han sufrido un declive relativo, como el Reino Unido, Francia y Rusia. Con este espíritu, también en La Haya en 1907, Ruy Barbosa insistía en que era importante darse cuenta de que “las diferencias de grandeza entre los países de Europa y los de América son accidentales”.

Al profundizar más, el mero hecho de que la atención académica a las percepciones de estatus haya florecido recientemente es sintomático de que el uso de términos como “gran potencia” y “potencia intermedia” no es exclusivamente descriptivo, sino también prescriptivo. Un país solo tendrá un determinado *status* si es percibido por un determinado grupo de actores como poseedor de esa condición. Las percepciones trazan las líneas divisorias en la estratificación del poder simbólico a escala internacional, definiendo qué potencias son “grandes” o “medias”. En estos juegos de imágenes se mezclan elementos descriptivos con el establecimiento normativo de una posición diferenciada para los países. Los conceptos de “gran potencia” y “potencia intermedia” son un ejemplo de un uso del lenguaje en el que coexisten inseparablemente la descripción y la prescripción, el comentario de la realidad y, al mismo tiempo, el establecimiento de una realidad –en el sentido de la creación de un “hecho institucional”, tal como lo entiende Searle (1995)–. El producto de este establecimiento es el “capital simbólico” de que disponen los países que, por razones históricas contingentes, se benefician de ventajas posicionales en el actual orden internacional⁸.

Desde este punto de vista, el problema del concepto de “potencia intermedia” no reside tanto en su aspecto descriptivo, que es imperfecto y está sujeto a numerosos interrogantes, como hemos intentado demostrar anteriormente. Reside sobre todo en su dimensión prescriptiva. A este nivel, para un Estado ser calificado de potencia intermedia significa aceptar una determinada posición en una jerarquía

8 Sobre la noción de “capital simbólico”, véase, por ejemplo, Bourdieu (2001, pp. 107-113). John de Bhal aplica el planteamiento de Bourdieu al uso de la noción de poder medio. Su análisis de los casos de Canadá y Australia le lleva a sugerir que el “poder medio”, visto como una categoría práctica, es una herramienta retórica utilizada por estos países para diferenciarse de los más pequeños (Bhal, 2023, p. 424). En el caso de Brasil, como sugiere nuestro análisis, la situación es la contraria, ya que la diferenciación de los países menores es innecesaria y la categoría se utiliza para diferenciarlo de las grandes potencias.

simbólica de países, del mismo modo que ser calificado de gran potencia significa obtener una clasificación superior. Como señaló Holbraad (1984), “un Estado es una gran potencia no solo porque dispone de fuerza militar y recursos económicos del más alto nivel, sino también porque goza de cierto estatus y pertenece a una clase especial en la sociedad internacional”.

Esto plantea un importante reto a la comunidad académica. En la medida en que los conceptos de “gran potencia” y “potencia intermedia”, más allá de cualquier vehemencia descriptiva, forman parte en sí mismos del establecimiento de una forma de jerarquía, es decir, de un sistema de dominación simbólica. Al analista académico se le exige un esfuerzo de crítica de estos conceptos y de la lógica de poder que subyace en ellos, un deber de distanciamiento, sin el cual se corre el riesgo, por utilizar las palabras de Bourdieu (2001), de que la ciencia social resulte ser “una continuación de la política por otros medios” (p. 312).

La necesidad de tal crítica se hace tanto más evidente cuanto más se considera que la noción de potencia intermedia tiene como contrapartida inseparable, aunque en términos vagos, la idea de lo que es una “gran potencia”, noción esta última que se fija sobre la base de ejemplos históricos de siglos anteriores y se vincula a las pretensiones de hegemonía y a la correspondiente acumulación de arsenales militares. Ahora bien, no es difícil ver que, si se fija así la caracterización de la gran potencia, las llamadas potencias intermedias se enfrentarán a la amenaza permanente de una “trampa”: el comportamiento de buen ciudadano internacional –respeto de los regímenes internacionales, incluida la no proliferación, el aprecio del multilateralismo y el derecho internacional– por el que se diferencian del patrón histórico de actuación de las grandes potencias, se convierte precisamente en el obstáculo para obtener un estatus superior en el orden internacional (Lopes y Gabriel, 2020; Gabriel, 2023). Andrew Hurrell (2013) ya había señalado la ausencia, en el caso de Brasil, del “síndrome de de Gaulle”: proyectar poder y crear problemas para obtener reconocimiento (p. 27). Paul Beaumont y Pål Røren (2020) plantean un interesante y preocupante debate al sugerir, a partir de un análisis comparativo de los miembros del BRICS, que “los buenos acaban los últimos”, es decir, que si existe un bajo rendimiento de Brasil –así como de otros países latinoamericanos– en la obtención de un mayor estatus internacional, ello podría ser consecuencia no tanto de las carencias de Brasil, sino, paradójicamente, de sus virtudes: su democracia, su apego a la paz, el no uso de la fuerza, etc. Ni que decir tiene lo perjudiciales que pueden resultar, a largo plazo, para el orden internacional los incentivos y desincentivos generados de este modo (que era precisamente el sentido de la advertencia de Ruy Barbosa en La Haya, citada anteriormente).

Conclusión

La peculiaridad del caso brasileño es que pone de relieve la necesidad, desde esta perspectiva crítica, de un esfuerzo por repensar la propia noción de “gran potencia”. A diferencia de otros países comparables, en Brasil la aspiración a la grandeza nunca se ha traducido en pretensiones hegemónicas o en la noción de un “destino manifiesto” agresivo (Ricupero, 2017, pp. 31 y 708). Además de su valoración del derecho internacional, la cooperación y el multilateralismo, la política exterior de

Brasil se caracteriza por su crítica al uso de la fuerza en las relaciones internacionales, su defensa de la no intervención y su reconocimiento de los mecanismos pacíficos de resolución de conflictos. Este es el rasgo distintivo de la formación histórica de Brasil, notoriamente ausente en los países en general considerados grandes potencias. En la medida en que el orden internacional pasa efectivamente por la incorporación de nuevas potencias, el desafío para Brasil es, manteniendo su personalidad distintiva, avanzar lo suficiente en su desarrollo interno y en su inserción internacional para dar al mundo un ejemplo de un nuevo tipo de gran potencia, reacia al culto a la guerra y a las pretensiones de hegemonía, pero no por ello relegada a una posición secundaria o subordinada en la jerarquía de las naciones (Brito Cruz, 2014; Ricupero, 2017; Carvalho, 2020, p. 28). En la formulación de Wilkins y Rezende (2022), las características de la acción externa de Brasil son tales que, si Brasil alcanzara un estatus superior en la jerarquía internacional, esto representaría el surgimiento de “alguna forma de gran potencia no convencional o no tradicional”, es decir, requeriría “un cambio en nuestros paradigmas de lo que es una gran potencia” (p. 113).

Ante las evidentes dificultades y resistencias que entraña ese cambio de paradigma, y el obstáculo aparentemente insalvable que representan las percepciones predominantes en los países de mayor jerarquía, es importante que Brasil haga una evaluación lúcida y audaz de las opciones que se vislumbran en el horizonte de su política exterior. La peor opción sería, sin duda, abandonar las mejores tradiciones de la diplomacia brasileña con la falsa esperanza de ganar algo de prestigio. Tal vez el canto de sirena más peligroso en este ámbito sea la idea de lo que Daniel Buarque (2022, 2024) denominó *bandwagoning for status*: una política de alineamiento con las grandes potencias establecidas con la expectativa de recibir, a cambio, una ganancia de prestigio y una mejor posición en la estratificación internacional, una especie de reedición del llamado modelo de “subimperialismo” de los años setenta (Soares de Lima, 2013, pp. 45-53). Pero también es importante evitar una falsa disyuntiva entre este tipo de alineamiento, que sería contraproducente además de ilusorio, y una supuesta aceptación inevitable de la condición de “potencia intermedia”.

Parece más razonable que Brasil evite debates innecesarios y sea consciente de la relatividad y la carga histórica de los conceptos que definen las jerarquías internacionales. Brasil no es ni podría pretender ser una “gran potencia” en el sentido tradicional del término, salvo al precio de un pacto fáustico en el que el país perdería, por así decirlo, su alma diplomática. Tampoco le interesa ser, sin matices, una “potencia intermedia”, con el aval de la carga prescriptiva de subordinación simbólica que, como hemos visto, se asocia a este término.

También hemos visto cómo la fragmentación del ejercicio del poder en las distintas áreas temáticas relativiza considerablemente estas valoraciones globales. En cada uno de estos ámbitos, el verdadero debate se centrará en lo que interesa al país y en los medios concretos de que dispone para hacer valer este interés y contribuir como miembro responsable de la comunidad internacional. La evaluación de estos medios es una cuestión que debe examinarse, caso por caso, con realismo, es decir, con la preocupación de no equivocarse ni demasiado ni demasiado poco, pero también con la conciencia de que la diplomacia se ejerce a menudo en

un contexto de incertidumbre, sin saber con certeza, *a priori*, si nuestras iniciativas tendrán más o menos éxito. Los debates abstractos sobre los estereotipos de tal o cual clase de poder son poco relevantes a este respecto. Cuando tengamos éxito, no será necesariamente señal de que “somos grandes” y, cuando fracasemos, no será necesario concluir que “somos medios”.

Brasil, una potencia *sui generis*, saldrá ganando si incorpora la crítica a las nociones de “gran potencia” y “potencia intermedia” en el marco conceptual en el que se formula la política exterior. Esta perspectiva da renovada relevancia a las reflexiones de Ruy Barbosa, quien, al evaluar su actuación en la Segunda Conferencia de La Haya (1907), afirmó que Brasil, la “gran república de América del Sur”, necesitaba mantenerse “tan distante de la soberanía de unos como de la humildad de otros” (como se citó en Lafer, 2007, p. 74).

Referencias

Abbondanza, G. y Stow Wilkins, T. (eds.) (2022). *Awkward Powers – Escaping Traditional and Middle Power Theory*. Palgrave Macmillan.

Amorim, C. (2011a). *Conversas com jovens diplomatas*. Benvirá.

Amorim, C. (2011b, 23 de julio). A obsessão e o complexo de vira-lata. *Carta Capital*. <https://www.viomundo.com.br/voce-escreve/celso-amorim-a-obsessao-e-o-complexo-de-vira-lata.html>

Amorim, C. (2015). *Teerã, Ramalá e Doha – memórias da política externa ativa e altiva*. Benvirá.

Baldwin, D. (2013). *Power and International Relations*. En W. Carlsnaes, T. Risse y B. A. Simmons (Eds.), *Handbook of International Relations* (pp. 273-297). Sage. <https://doi.org/10.4135/9781446247587.n11>

Barcellos, J. M. V. B. (2020). O Pensamento Militar no Projeto Brasil Grande Potência. *Revista da Escola Superior de Guerra*, 35(73) pp. 171-196. <https://doi.org/10.47240/revistadaesg.v35i73.1102>

Beaumont, P. y Røren, P. (2020). *Brazil's Status Struggles: Why Good Guys Finish Last*. En P. Esteves, M. Gabrielsen Jumbert y B. de Carvalho (Eds.), *Status and the Rise of Brazil – Global Ambitions, Humanitarian Engagement and International Challenges* (pp. 31-48). Palgrave Macmillan.

Bhal, J. (2023). Rethinking 'middle powers' as a category of practice: stratification, ambiguity, and power. *International Theory*, 15(3), pp. 404-427. <https://doi.org/10.1017/S1752971923000118>

Bourdieu, P. (2001). *Langage et pouvoir symbolique*. Fayard.

Brito Cruz, J. H. de (2014). A questão do poder nacional e o debate sobre a política externa. *Política Externa*, 23(1), pp. 125-150.

Buarque, D. (2022). *Curb your enthusiasm: The status of Brazil from the perspective of the great powers* (Tesis doctoral, King's College London). https://kclpure.kcl.ac.uk/portal/files/178321636/2022_Sousa_Buarque_Daniel_1347318_ethe-sis.pdf

Buarque, D. (2024, 25 de febrero). Como o Brasil deveria navegar na “nova Guerra Fria”? *Revista Crusoe*. <https://crusoe.com.br/diario/como-o-brasil-deveria-navegar-na-nova-guerra-fria/>

Burges, S. (2013). Mistaking Brazil for a Middle Power. *Journal of Iberian and Latin American Research*, 19(2), pp. 286-302. <https://doi.org/10.1080/13260219.2013.853358>

Carvalho, J. M. de (2000). Dreams Come Untrue. *Dædalus*, 129(2), pp. 57-82. <https://www.jstor.org/stable/20027629>

Carvalho, B. de (2020). *Brazil's (Frustrated) Quest for Status*. En P. Esteves, M. Gabrielsen Jumbert, B. de Carvalho (Eds.), *Status and the Rise of Brazil – Global Ambitions, Humanitarian Engagement and International Challenges* (pp. 19-30). Cham; Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-21660-3_2

Casarões, G. (2020). Leaving the Club Without Slamming the Door: Brazil's Return to Middle-Power Status. En P. Esteves, M. Gabrielsen Jumbert, B. de Carvalho (Eds.), *Status and the Rise of Brazil – Global Ambitions, Humanitarian Engagement and International Challenges*. Cham; Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-21660-3_6

CFR – Council on Foreign Relations (2011). *Global Brazil and Brazil-US Relations. Independent Task Force Report No. 66*. https://www.cfr.org/sites/default/files/report_pdf/Brazil_TFR_66.pdf

Chapnick, A. (2000). The Canadian Middle Power Myth. *International Journal*, 55(2), pp. 188-206. <https://doi.org/10.2307/40203476>

Cooper, A. F. y Dhal, E. P. (2016). Positioning the third wave of middle power diplomacy: Institutional elevation, practice limitations. *International Journal*, 71(4), pp. 516-528. <https://doi.org/10.1177/0020702016686385>

Cox, R. W. (1996). Middlepowermanship, Japan and future world order. En R. W. Cox y T. J. Sinclair, *Approaches to World Order* (pp. 241-275). Cambridge University Press.

Esteves, P., Gabrielsen Jumbert, M., y de Carvalho, B. (2020). Conclusion: Brazil: a Failed Status-Seeker? En P. Esteves, M. Gabrielsen Jumbert y B. de Carvalho (Eds.), *Status and the Rise of Brazil – Global Ambitions, Humanitarian Engagement and International Challenges* (pp. 215-226). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-21660-3_12

Fausto, B. (1994). *História do Brasil*. EDUSP.

Flemes, D. (2010). A visão brasileira da futura ordem global. *Contexto Internacional*, 32(2), pp. 403-436. <https://doi.org/10.1590/S0102-85292010000200005>

Florencio, S. A. L. (2024, 27 de junio). Do complexo de vira-lata à diplomacia ativa e altiva – Evolução ou ilusão? *Interesse Nacional*. <https://interessenacional.com.br/portal/do-complexo-de-vira-lata-a-diplomacia-ativa-e-altiva-evolucao-ou-ilusao/>

Fonseca Jr., G. (1998a). Intervenção no debate “O Brasil como potência média: possibilidades de ação internacional”. En R. U. Sennes (Ed.), *Brasil e a Política Internacional*, pp. 17-24. FLACSO-Chile.

Fonseca Jr., G. (1998b). Anotações sobre as Condições do Sistema Internacional no Limiar do Século XXI: a Distribuição dos Pólos de Poder e a Inserção Internacional do Brasil. Presentación en evento en el Instituto de Estudios Avanzados – Universidad de São Paulo el 11 de septiembre de 1998. <http://www.iea.usp.br/publicacoes/textos/fonsecajrsistemainternacional.pdf>

Fonseca Jr., G. (2011). *Diplomacia e Academia: um estudo sobre as análises acadêmicas sobre a política externa brasileira na década de 70 e sobre as relações entre o Itamaraty e a comunidade acadêmica*. FUNAG.

Fonseca Jr., G. (2014). *Apontamentos para o Estudo da Diplomacia Multilateral do Brasil: Momentos Fundadores e Temas Políticos nas Nações Unidas* (Tesis doc-

toral, Universidade Federal do Rio Grande do Sul). <https://lume.ufrgs.br/handle/10183/96678>

FUNAG (2014). II Conferência da Paz, Haia (1907): a correspondência telegráfica entre o Barão do Rio Branco e Rui Barbosa, II. FUNAG.

Gabriel, J. P .N. (2023). The Middle Power Trap and the Struggle for Status: How the Nonproliferation regime hampered the aspirations of emerging regional powers (Tesis doctoral, Universidade Federal de Minas Gerais/Universidade Católica de Louvain). <http://hdl.handle.net/1843/68117>

Garcia, E. V. (2000). O Brasil e a Liga das Nações: Vencer ou Não Perder (1916-1926). Universidade Federal do Rio Grande do Sul; Fundação Alexandre de Gusmão.

Garcia, E. V. (2006). Entre América e Europa: a política externa brasileira na década de 1920. Editora da Universidade de Brasília; FUNAG.

Gardini, G. L. (2016). Brazil: What Rise of What Power? Bulletin of Latin American Research, 35(1), pp. 5-19. <https://doi.org/10.1111/blar.12417>

Guimarães, S. P. (1999). Quinhentos anos de periferia – Uma contribuição ao estudo da política internacional. Universidade Federal do Rio Grande do Sul Editora.

Guimarães, Samuel P. (2006). Desafios Brasileiros na Era dos Gigantes. Contraponto.

Holbraad, C. (1984). Middle Powers in International Politics. Macmillan Press.

Hurrell, A. (2000). Some Reflections on the Role of Intermediate Powers in International Institutions. In Hurrell, A., Cooper, A. F., González, G., Ubiraci Sennes, R., y Sitaraman, S. (Eds.), Paths to Power: Foreign Policy Strategies of Intermediate States, pp. 1-11. Working Paper Number 244. Woodrow Wilson International Center for Scholars.

Hurrell, A. (2006). Hegemony, Liberalism and Global Order: What Space for Would-Be Great Powers? International Affairs, 82(1), Perspectives on Emerging Would-Be Great Powers, pp. 1-19. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2346.2006.00512.x>

Hurrell, A. (2013). The Quest for Autonomy – The Evolution of Brazil's Role in the International System, 1964-1985. FUNAG.

Jordaan, E. (2017). The emerging middle power concept: Time to say goodbye? South African Journal of International Affairs, 24(3), pp. 395-412. <https://doi.org/10.1080/10220461.2017.1394218>

Kennan, G. (1993). Around the Cragged Hill – A Personal and Political Philosophy. W. W. Norton & Company.

Keohane, R. O. y Nye, J. S. (1989). Power and Interdependence. HarperCollins Publishers

Lafer, C. (2007). A identidade internacional do Brasil e a política externa brasileira. Editora Perspectiva.

Lafer, C. (2018). O desarmamento e o problema da paz (1984). En Lafer, C., Relações internacionais, política externa e diplomacia brasileira: pensamento e ação (Volume 1., pp. 487-528). FUNAG.

Leite, P. S. (2011). O Brasil e a Cooperação Sul-Sul em três momentos de política externa: os governos Jânio Quadros/João Goulart, Ernesto Geisel e Luiz Inácio Lula da Silva. FUNAG.

Lopes, D. B. y Gabriel, J. P. N. (2020). The Middle-Power Trap: A hindrance for Global South emerging powers. In the 12th Congress of the Brazilian Association of Political Science.

Louault, F. (2022). Le Brésil – L'interminable émergence. Tallandier.

Matravalgyi, J. (2017, 23 de octubre). “Brasil é grande para a América Latina, mas não para o resto do mundo. Somos uma potência intermediária querendo subir”, afirma Aloysio Nunes. FecomercioSP. <https://www.fecomercio.com.br/noticia/o-brasil-e-grande-demais-para-a-america-latina-mas-nao-o-suficiente-para-o-resto-do-mundo-somos-uma-potencia-intermediaria-querendo-subir-afirma>

Miyamoto, S. (1995). Geopolítica e poder no Brasil. Papyrus.

Miyamoto, S. (2002). Geopolítica do Brasil – Algumas Considerações. En L. A. Carvalho (Comp.), Geopolítica e Relações Internacionais, pp. 59-78. Juruá.

Pereira, D. M. M. (2019). Poder e influência de uma potência média: o Brasil na América do Sul (1980-2015) (Tesis doctoral, Universidade do Estado do Rio de Janeiro). <http://www.bdtd.uerj.br/handle/1/17595>

Ricupero, R. (1994). Os Estados Unidos da América e o Reordenamento do Sistema Internacional. En G. Fonseca Jr. y S. H. N. de Castro (Comps.), Temas de Política Externa Brasileira II (Volume 1). Paz e Terra.

Ricupero, R. (2010, 11 de abril). Brasil: potência de paz ou de guerra?. Folha de São Paulo. <https://www1.folha.uol.com.br/fsp/dinheiro/fi1104201006.htm>

Ricupero, R. (2017). A diplomacia na construção do Brasil – 1750-2016. Versal Editores.

Ricupero, R. (2024). A volta do Brasil a um mundo transformado por conflitos. CEBRI-Revista, 3(9). <https://cebri.org/revista/br/artigo/148/a-volta-do-brasil-a-um-mundo-transformado-por-conflitos>

Sawicka, M. (2023). Brazil's International Activism – Roles of an Emerging Middle Power. Routledge.

Searle, J. R. (1995). The Construction of Social Reality. Penguin Books.

Sennes, R. U. (1998). Potência Média Recém-Industrializada: Parâmetros para Analisar o Brasil. Contexto Internacional, 20(2), pp. 385-413. https://contextointernacional.iri.puc-rio.br/media/Sennes_vol20n2.pdf

Soares de Lima, M. R. (2013). The Political Economy of Brazilian Foreign Policy – Nuclear Energy, Trade and Itaipu. FUNAG.

Soares de Lima, M. R. y Hirst, M. (2006). Brazil as an intermediate state and regional power: action, choice and responsibilities. International Affairs, 82(1), pp. 21-40. https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/6758049/mod_resource/con

[tent/1/Brazil%20as%20an%20intermediate%20state%20and%20regional%20power.pdf](#)

Vizentini, P. F. (1998). *A política externa do regime militar brasileiro – Multilateralização, desenvolvimento e construção de uma potência média (1964-1985)*. Editora da Universidade.

Wilkins, T. S. y Rezende, L. P. (2022). *A Liminal and Transitional Awkward Power: Brazil Betwixt the Great and Middle Powers*. En G. Abbondanza y T. S. Wilkins (Eds.), *Awkward Powers: Escaping Traditional and Middle Power Theory* (pp. 95-128). Palgrave Macmillan.

Wood, B. (1987). *Middle Powers in the International System: A Preliminary Assessment of Potential*. WIDER/UNU. WIDER Working Paper 11. <https://www.wider.unu.edu/publication/middle-powers-international-system>